

“MIS SALMOS FAVORITOS”

Lección 11

EL SALMO 51

LA NUEVA BIBLIA ESPAÑOLA

Misericordia, oh Dios, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, 2 lava del todo mi delito y limpia mi pecado. 3 Pues yo reconozco mi culpa y tengo siempre presente mi pecado. 4 Contra ti sólo pequé, cometí la maldad que repruebas. Que tus argumentos te hagan justicia y resultes inocente en el juicio. 5 Mira, culpable nací, pecador me concibió mi madre. 6 Tú quieres sinceridad interior y en lo íntimo me inculcas sensatez.

7 Límpiame con hisopo del pecado, lávame hasta quedar más blanco que la nieve. 8 Anúnciame gozo y alegría, que se regocijen los huesos triturados. 9 Tápate el rostro ante mi pecado y borra mi culpa. 10 Crea en mí, Dios, un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; 11 no me arrojes lejos de tu rostro ni me quites tu santo espíritu; 12 devuélveme el gozo de la salvación, afiánzame con un espíritu generoso. 13 Enseñaré a los malvados tus caminos, y los pecadores volverán a ti.

14 De homicidio líbrame, oh Dios, Dios y Salvador mío, y mi lengua clamará tu justicia. 15 Señor mío, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza. 16 Un sacrificio no te satisface; si te ofrezco un holocausto, no lo aceptas. 17 Para Dios sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y triturado, tú, Dios, no lo desprecias.

18 Dígnate favorecer a Sion y reconstruye la muralla de Jerusalén; 19 entonces aceptarás sacrificios legítimos, ofrendas y holocaustos, entonces sobre tu altar se inmolarán novillos.

BIBLIA HEBREO-ESPAÑOL

Para el director del coro. Salmo de David, cuando Natán, el profeta vino a él, después de que él se allegó a Betsabé (Bat Sheva).

1 Sé clemente conmigo, oh Dios, conforme a Tu misericordia. Conforme a la multitud de Tus compasiones borra mis transgresiones. 2 Lávame enteramente de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado 3 porque conozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre ante mí. 4 Contra Ti, solamente contra Ti, he pecado, y he hecho lo que es malo a Tus ojos. (Te lo confieso) para que puedas estar justificado cuando hables, y juzgar correctamente. 5 He aquí que fui formado en iniquidad, y en el pecado fui concebido. 6 He aquí que deseas la verdad en lo íntimo. Haz pues que yo conozca la sabiduría en lo íntimo de mi corazón.

7 Límpiame con hisopo y seré purificado. Lávame y quedaré más blanco que la nieve. 8 Hazme oír la alegría y el regocijo, para que se alegren los huesos que Tú aplastaste. 9 Oculta Tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. 10 Dame un corazón puro, oh Dios, y renueva un espíritu inmutable dentro de mí. 11 No me arrojes de Tu Presencia, y no me quites Tu santo espíritu. 12 Restáurame la dicha de Tu salvación. Sosténgame un espíritu resuelto. 13 Entonces enseñaré Tus caminos a los pecadores, quienes volverán a Ti.

14 Líbrame de los pecados de sangre, oh Dios, Dios de mi salvación y mi lengua cantará Tu justicia. 15 Oh Eterno, abre mis labios y mi boca anunciará Tu alabanza, 16 porque Tú no Te complaces en sacrificios, de otro modo yo Te lo habría ofrecido. Con los holocaustos no te alegras. 17 Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado, el corazón quebrantado y contrito, ¡Oh Dios, Tú no me despreciarás!

18 Haz bien con Tu favor a Sion. Construye los muros de Jerusalén. 19 Entonces Te complacerás en los sacrificios de justicia, en los holocaustos y las ofrendas enteras, y ofrecerán novillos sobre Tu altar.

ESTUDIO GLOBAL

Juan Calvino introduce con el siguiente prólogo su comentario sobre este salmo: Cuando David es reprendido y expuesto a su pecado por el profeta Natán, se aborreció a sí mismo humillándose ante Dios. Necesitaba ansiosamente confesar su maldad a Dios, y dejar un testimonio de su arrepentimiento a la posteridad. Inicia el salmo dirigiendo sus ojos hacia la atrocidad de su culpa y toma fuerza para suplicar la infinita misericordia divina, pues sabe que merece la más severa condenación.

A continuación ruega ser restaurado al favor de Dios, estando consciente de que merece ser privado para siempre de Su Presencia y de los dones del Espíritu. Promete que si es perdonado vivirá profundamente agradecido a Dios por su misericordia y proclamará Su justicia. Hacia el final del salmo suplica por el bien de la Iglesia y reflexiona sobre la fidelidad de Dios para con su pueblo, al cual él estará dispuesto a acompañar para ofrecer sacrificios de justicia – no meramente rituales, que Dios desecha – en adoración al Dios del Pacto.

EXÉGESIS

En esta ocasión nos basaremos en los cinco sermones que predicó el Dr. Martyn Lloyd-Jones sobre este salmo en *Westminster Chapel* en 1949, publicados bajo el título “De lo profundo”, Editorial Peregrino.

1 Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.

2 Lávame más y más de mi maldad,

Y límpiame de mi pecado.

3 Porque yo reconozco mis rebeliones,

Y mi pecado está siempre delante de mí.

4 Contra ti, contra ti solo he pecado,

Y he hecho lo malo delante de tus ojos;

Para que seas reconocido justo en tu palabra,

Y tenido por puro en tu juicio.

5 He aquí, en maldad he sido formado,

Y en pecado me concibió mi madre.

6 He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo

secreto me has hecho comprender sabiduría

Lo primero que tenemos que notar es la absoluta necesidad del arrepentimiento. Nadie puede ser un cristiano auténtico si no se ha horrorizado por su pecado y se ha arrepentido. Hay que distinguir entre remordimiento y arrepentimiento. El primero es un llamado de la conciencia, por más que la queramos ignorar, que la persona intenta sofocar – y a veces lo logra – a través de todo tipo de actividades, inclusive actividades religiosas, pero no existe ningún deseo sincero de cambiar o reparar el daño u ofensa causados. El arrepentimiento es una profunda convicción de haber obrado mal, acompañada de sufrimiento y de un deseo ferviente de cambiar.

Para arrepentirnos es necesario entender lo que la Biblia enseña sobre la naturaleza del pecado. Quienes no entienden esto, tampoco comprenden el porqué de la salvación, de la obra expiatoria de Cristo. El mensaje de Cristo es claro: “Arrepentíos y creed el evangelio”. Ese fue precisamente el ministerio de Juan el Bautista, “preparar el camino al Señor” mediante el arrepentimiento. Entonces lo primero es darnos cuenta de nuestro pecado y arrepentirnos. Predicar el evangelio no es simplemente decir: “Tú eres pecador pero Dios te ama. Ven a Él” ¿Dónde queda entonces el arrepentimiento que surge de la conciencia de nuestro pecado que nos condena? ¿Te has confrontado contigo mismo? ¿Tienes verdadera hambre y sed de justicia? Entonces eres bienaventurado.

Hay tres palabras muy importantes al inicio: *rebelión, maldad y pecado*. La rebelión es una actitud del corazón que rechaza, se opone y desprecia la voluntad de Dios y a Dios mismo; la maldad es la condición perversa del corazón, el cual necesita ser cambiado (v 5), los pecados son las acciones y omisiones respecto de la ley de Dios, como consecuencia de las dos anteriores. “Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí.” El pecado siempre es contra Dios, aun cuando lo hagamos en contra de nuestros semejante o de Sus obras: “Contra ti, contra ti sólo he pecado.”

Sigue un reconocimiento de la justicia de Dios. El salmista se sujeta ante la santidad y los juicios de Dios (v 4 y 6). Dios es veraz y ama la verdad en íntimo pero también nos hace sabios a través de la Verdad.

*7 Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve.
8 Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los
huesos que has abatido.
9 Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.
10 Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.*

*11 No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu.
12 Vuélveme el gozo de tu salvación,
Y espíritu noble me sustente.
13 Entonces enseñaré a los transgresores tus
caminos y los pecadores se convertirán a ti.*

Hablemos ahora de la impotencia del pecador para resolver su condición de esclavitud y miseria. La única solución está en Dios y esta porción del salmo enfatiza, a través de los ruegos y clamores del salmista, esta dependencia absoluta de Dios para ser perdonados y reconciliados con Él.

Recordemos que la fe y la vida cristiana sólo son posibles cuando el Santo Espíritu de Dios trae la nueva vida al corazón del hombre, cuando nacemos de nuevo, cuando nacemos del Espíritu. Dios en su misericordia se apiada y produce en nosotros la conciencia de pecado, el hambre de justicia, el arrepentimiento y la fe, no sólo en el momento de nuestra conversión sino durante todo nuestro peregrinaje terrenal: *“El justo por la fe vivirá”*.

La experiencia que está sufriendo el salmista en este momento es dramática y le hace volver sus ojos a Dios, anhelar la limpieza, recuperar el gozo perdido a causa de sus terribles pecados. No quiere que Dios vea sus pecados y pide que esconda Su rostro de ellos. Pero también va más a fondo: quiere que Dios le dé un nuevo corazón. Jesús enseñó claramente *que lo que sale de la boca del corazón sale; y esto es lo que contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas son las cosas que contaminan al hombre.* (Mt 15:18,19) Sólo Dios puede perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad (1 Jn 1,9)

David añora el gozo y la comunión con su Señor a través de la presencia de su Santo Espíritu. Quiere ser sostenido por la nobleza y generosidad de Dios. Quiere volver a ver Su sonrisa y sentirse acogido por el Señor. Ahora puede por su propia experiencia enseñar los caminos de Dios a los pecadores para que, como él, se arrepienta y vuelvan a Dios.

*14 Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi
salvación;
Cantará mi lengua tu justicia.
15 Señor, abre mis labios,
Y publicará mi boca tu alabanza.
16 Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría;
No quieres holocausto.*

*17 Los sacrificios de Dios son el espíritu
quebrantado; Al corazón contrito y humillado no
desprezará tú, oh Dios.
18 Haz bien con tu benevolencia a Sion;
Edifica los muros de Jerusalén.
19 Entonces te agradarán los sacrificios de
justicia, el holocausto u ofrenda del todo quemada;
Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar*

Ahora David se deleita en los valores espirituales propios del redimido: Está listo para proclamar la justicia de Dios, para alabarle. Sabe bien que Dios se agrada de la adoración sincera de corazón. *“Alegraos o justos en Jehová; En los íntegros es hermosa la alabanza.”* (Sal 33,1) Confía en la misericordia divina, se siente aceptado nuevamente cuando afirma que su corazón humillado, arrepentido y agradecido no será rechazado por Dios.

En los últimos dos versículos reasume su carácter como el rey que intercede por su nación y ruega por ella. Está implícita la promesa de guiar a su pueblo en rectitud cuando habla de la presentación de ofrendas aceptables a Dios. Ha vuelto la paz a su alma después de la dolorosísima experiencia de su rebeldía y pecado personal.